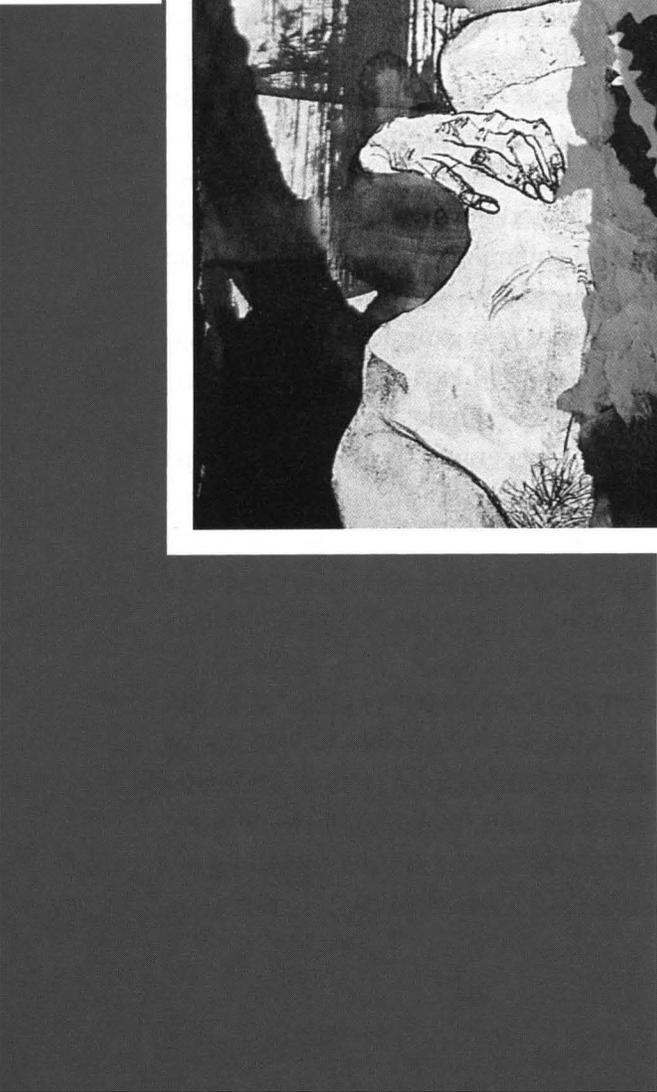




*Rehaciendo
Saberes*





Marcela Rodríguez y María Lucía Rapacci
Psicólogas. Docentes Pontificia Universidad Javeriana

Desde el reconocimiento de los cuerpos hacia una ética del cuidado de la vida

*“El significado de un acto
sólo se revela cuando la acción en sí
ha concluido y se ha convertido
en historia susceptible de ser narrada”*

Hanna Arendt

La construcción de una cultura de paz ha sido una constante preocupación para el movimiento de mujeres y el feminismo, entendida ésta como el tejido de prácticas que en las relaciones que establecemos nos permiten gestionar la diversidad y sus inherentes conflictos, sin el ejercicio de la violencia.

Hacer visible las voces, los pasos que emergen como soporte de la vida y la agencian en su despliegue, las posibilidades de congregarnos en la complejidad de condiciones y deseos que caracterizan nuestra existencia como humanas y humanos, es el intento que acompaña este escrito.

La ruta a seguir parte de la recuperación de algunos hechos y reflexiones desarrolladas a lo largo de las últimas décadas a propósito de los lugares inaugurados por las mujeres ante la guerra y la paz, para luego enunciar los retos y perspectivas que emergen en este recorrido histórico.

Recordando hechos y palabras

Si revisamos los diferentes lugares y posiciones que mantuvieron las mujeres ante algunos de los conflictos más agudos de la historia reciente y los términos en los que se ha desarrollado el debate sobre su pacifismo encontramos dos tendencias que intentan explicar la relación mujer-paz.

Por una parte subyace la idea de que las mujeres por el hecho de dar vida están mas cerca que los varones de la paz, este argumento aparece como lugar común en diversos momentos de la historia, por ejemplo: En la Inglaterra del Siglo XIX la igualdad entre naturaleza femenina y virtudes pacíficas llegó a ser una bandera que las



sufragistas utilizaron en su lucha por el voto. **Aletta Jacobs**, holandesa líder del movimiento sufragista, afirmó: “*el sufragio de las mujeres y la paz permanente vendrán unidos...*”; **Emmeline Pankhurst**, militante sufragista británica, a la salida de la prisión en 1912 declaró: “*...no ha sido nunca ni será la política de la UNIÓN POLÍTICA Y SOCIAL de las mujeres el poner en riesgo imprudentemente la vida humana. Dejamos esto para el enemigo. Lo dejamos para los hombres en sus guerras, no es este el método de las mujeres*”; **Catherine Marshall**, otra sufragista, en su discurso a la Conferencia del Partido Laborista Independiente en Bradford 1915, afirmaba: “*el sentido de la común maternidad de las mujeres que el movimiento de mujeres está despertando cuando alcance su plenitud, tornará imposible que una Nación mate a los hijos de otra...*”

No todas las voces que se pronunciaron en favor de la paz acogieron la premisa “*las mujeres son hostiles a la guerra por naturaleza*” afirmando que “*sólo las mujeres progresistas, aquellas que han sido capaces de educarse a sí mismas en una conciencia social, que han tenido la fuerza de no dejarse fascinar por instituciones con centenares de años, encuentran también la energía para oponerse a ellas...*”, palabras de **Berta Von Suttner**, primera mujer que recibió el Nóbel de la paz en 1905, escritora de la novela de corte pacifista *DIE WAFFEN NIEDER -Abajo las Armas-*.

Esta nueva tendencia evidencia la necesidad de reconocer otros elementos que están en la base de las acciones, manifiestos y propuestas de conciliación y arbitraje desarrolladas por las mujeres antes de la Primera Guerra Mundial.

Fawcett y Chrystal Macmillan, de la Alianza Internacional por el voto de la mujer, en 1914, antes de desatarse la Primera Guerra Mundial, entregaron un manifiesto al Ministerio de Asuntos Exteriores y a las embajadas extranjeras en Londres llamando a la conciliación y al arbitraje, en nombre de 12 millones de mujeres de 26 países.

Las mujeres sufragistas en los Estados Unidos, fundadoras del Partido de las Mujeres por la Paz, aceptando una invitación de **Aletta Jacobs** acudieron a La Haya a principios de Mayo de 1915 al Congreso Internacional de Mujeres; pronunciándose “*contra la locura y el horror de la guerra*”. De allí surgió la Liga Internacional de Mujeres por la Paz y la Libertad, organización que intentó unir dos movimientos vitalmente vinculados: el movimiento feminista y pacifista; al finalizar este congreso, delegadas elegidas viajaron como enviadas tanto a los países neutrales como a los beligerantes para hacer llegar a sus gobiernos las resoluciones de paz de las mujeres. **Clara Zetkin y Rosa Luxemburgo** pasaron los años de la guerra entrando y saliendo de la prisión por denunciar la guerra como imperialista y la hipocresía y el militarismo de Alemania.



Retomando estos enunciados es posible complejizar la comprensión de la condición femenina haciendo un desplazamiento del plano de “lo natural” al plano de “la cultura”, entendida esta última como proceso de construcción y deconstrucción de los significados compartidos y/o impuestos frente a la maternidad, en tanto práctica que acuña un saber, el cual es posible en primera instancia redimensionar.

Lo anterior supone, como lo afirma **Johan Galtung**, un proceso de emancipación de las mujeres, un tránsito de objeto de procesos sociales y políticos a sujetos de la vida.

Este desplazamiento está lleno de múltiples enseñanzas. Autoras como **Sara Ruddick** afirman que *“el aprendizaje en torno a la preservación de la promesa del nacimiento como hecho que nos vincula a dimensiones colectivas de lo humano ha sido el empeño histórico de las mujeres; de esta práctica cotidiana de creación y recreación de la vida, ha nacido el saber del cuidado, de la palabra, de la relación que es fuente de recursos para la cultura de paz. La dedicación y la fatiga histórica de las mujeres por la vida humana las coloca además en un orden ajeno al masculino”*.

Se trata entonces, de dar nombre y sentido a la práctica y al saber femeninos para alimentar una Cultura de Paz. De la práctica maternal, del maternaje, surge un pensamiento que se guía por lo concreto y lo cercano porque responde a las demandas de preservación, crecimiento y socialización. El trabajo maternal, a pesar de la existencia de un alto índice de maltrato de madres a hijos, está la mayoría de las veces vinculado a una práctica no violenta, cuando renuncia al uso de la violencia en la gestión de los conflictos, cuando presenta resistencia ante la violencia de los demás e intenta la reconciliación y el mantenimiento de la paz.

Preservar la promesa del nacimiento ha implicado para las mujeres, incorporarse al mundo de lo público sin abandonar el valor de la propia experiencia, del saber femeninos, es decir, sin separar el pensamiento del cuerpo; de este vínculo emerge su extrañeza frente la guerra.

Alessandra Bocchetti en su “Discurso sobre la guerra y sobre las mujeres” plantea que esa “extrañeza” tiene que ver con tres elementos característicos de la experiencia femenina: la maternidad, lo materno y el sentimiento de ser presa. De la experiencia de ese cuerpo capaz de contener otro cuerpo, del empeño femenino de mantener la promesa del nacimiento, del aprendizaje cotidiano del sentimiento de ser presa, de vivir en un cuerpo violable, se construye un pensamiento material que no prescinde de los cuerpos. Este pensamiento que nace de la experiencia del cuerpo femenino y de la continua escucha de otros cuerpos, no puede hacer abstracción de la vida humana.



El no hacer abstracción de la vida humana y no prescindir de los cuerpos son aspectos que las mujeres enarbolan en sus luchas por la paz, señalando cómo en las formas que hoy adopta la guerra se manifiestan con mayor evidencia que nunca las raíces profundas de un orden simbólico -el masculino patriarcal- que ha puesto el poder y la dominación por encima del valor de la vida.

La irrelevancia del cuerpo en el discurso militarista patriarcal se explicita en la abstracción desencarnada de la sofisticación tecnológica al convertir en objeto central de la guerra el cercenamiento de las condiciones de humanidad necesarias para la vida de las poblaciones.

La ajenidad femenina con la guerra de los hombres reside en este “olvido y negación”. Las mujeres participamos en los conflictos, tenemos intereses encontrados, no estamos por encima de los enfrentamientos ni de las contradicciones, podemos matar. La diferencia, como decía **Olive Schreiner**, es que “*ella conoce la historia de la carne humana, sabe su costo*”; las mujeres hemos aprendido lo que cuesta hacer crecer la vida humana y esto nos sitúa de forma distinta en el mundo y en los conflictos.

Virginia Woolf, en su hermosa reflexión del libro “Tres Guineas”, a propósito de cómo evitar la guerra, introduce nuevos elementos referidos al cómo dismantelar este sistema patriarcal: “*la ruptura de la división entre esferas de varones y esferas de mujeres y la despolarización de la masculinidad y feminidad...*”. Desde su punto de vista, las mujeres no son opuestas a la guerra por naturaleza ni los hombres son por naturaleza favorables a ella; sin embargo, razones del orden histórico social que hemos construido, hacen que las mujeres tengan un mayor potencial para oponerse a la guerra, basado no solamente en la maternidad sino en su histórica exclusión del poder y la riqueza.

El pacifismo feminista que propone **Virginia Woolf** busca la igualdad entre los sexos no a través de la incorporación de las mujeres al combate, sino más bien a través de la liberación de los hombres del militarismo, hallando nuevas palabras, creando nuevos métodos para evitar la guerra, postura que es defendida por muchas feministas hoy en día.

En este marco resulta importante visibilizar el aporte de las mujeres que se han organizado a propósito de la intención de romper con la lógica militarista del poder Británico a través de acciones no violentas y de desobediencia civil, estrategias que **Gandhi** reconoce haber aprendido de las sufragistas británicas: 60% de las integrantes de la marcha de La Sal (Marzo de 1930), en la India, fueron mujeres; dos de sus campañas fueron dirigidas exclusivamente a las mujeres: el boicot a los vestidos extranjeros y el hacer frente al reto de la embriaguez en la cultura India.



El protagonismo de las mujeres en el Movimiento por la Paz, sobre todo en el Pacifismo, es innegable. Iniciativas como las de *War Resisters International*, el Movimiento antimilitarista de mujeres europeas y sus acciones para impedir la instalación de misiles nucleares en los años 80, son una clara expresión de esto. Las Mujeres de Negro de Belgrado y sus protestas contra la guerra, el régimen, el militarismo y a favor de la defensa de los Derechos Humanos iniciada el 9 de Octubre de 1991, nos invitan a que “expulsemos la guerra de la historia y de nuestras vidas”.

Lo que las mujeres han aportado al movimiento de construcción de cultura de paz se centra en la perspectiva holística de las acciones en donde su eficacia radica en la fuerza moral y en la capacidad para sorprender, así como en su inscripción en contextos más amplios y por lo tanto en la no simplificación de la cuestión guerra-paz a la táctica del desarme.

Reconociéndonos como si fuésemos extrañas

Los retos que se tejen en este recorrido tienen que ver con los posibles avances en torno a una política del reconocimiento que afecte significativamente los ejercicios violentos del poder.

Marcela Lagarde nos lanza, en este propósito, hacia nuestro propio capital simbólico, invitándonos a aprender de esa larga historia de sobrevivencia y de resistencia que han adelantado millones de mujeres en todos los rincones y esquinas del planeta. Se trata, entonces, de continuar repensando nuestras propias vidas, quienes somos, quienes han sido las otras, capitalizando en este ejercicio genealógico los recursos de una ética del cuidado de la vida.

Esta nueva ética de las relaciones se encuentra en la base de los vínculos tejidos en procesos y experiencias organizativas de mujeres, quienes a lo largo de su historia han creado espacios de promoción de nuevas formas de organización, de participación activa en procesos de movilización popular; proyectos pedagógicos de carácter democrático, creativo y no sexista basados en el ejercicio de la solidaridad y en la permanente búsqueda del respeto a los derechos sociales, económicos, políticos y culturales de la niñez y las mujeres; así como acciones diversas en espacios sociales, políticos y jurídicos orientadas hacia la reconstrucción del tejido social y a la democratización económica y política del país, fortaleciendo espacios para la vida y proyectando actos de paz.

El reto está en “extrañarnos”, a la manera de **Agnes Heller**, mirándonos en la distancia que nos permite acercarnos y redescubrirnos en lo que hemos sido y



estamos en capacidad de ser. Historizarnos desde la cotidianidad de nuestras vidas, reconociéndonos en la posibilidad de aprender de nuestra hermanas.

Lo anterior supone renunciar a la condición de orfandad que a veces nos acompaña y nos hace vulnerables, ya que a partir de ésta, el mundo se torna opaco, desdibujándose la existencia de nuestras ancestras y olvidando su constancia y resistencia así como las formas como habitaron el mundo.

Tendríamos que conocernos más para saber de nuestras fortalezas y debilidades, ejercer el recuerdo, ese volver a pasar por el corazón, traduciendo el pasado, editando el futuro y enriqueciendo el presente, devolviéndole el sentido a la pregunta ¿Quién soy? ¿Quién eres?, y resignificando las historias de nuestras propias acciones.

El sentido de narrarnos es el de decirnos a nosotras mismas nuestras biografías y aprender del cómo hemos sobrevivido a la lógica militarista que encarna la violencia, inaugurando aportes y claves para la construcción de una ética del cuidado. Este es otro motivo más para seguirnos pensando a contraluz y persistir en el intento de imaginar el mundo tejiéndose al calor de la complejidad que entraña la palabra vida. ♦

Bibliografía

- BIRULÉS, Fina, *Hanna Arendt: Modernidad, Identidad y Acción*. en *Pensar las Diferencias*. Universidad de Barcelona, Instituto Catalán de la Mujer. Barcelona. 1994.
- BOCCHETTI, Alessandra, *Discurso sobre la guerra y sobre las mujeres*, en *Lo que quiere una mujer*. Historia, política, teoría. Escritos 1981-1995, Editorial Cátedra. Madrid. 1996.
- GALTUNG, J, Citado por Lederach, J. *Educación para la Paz*. Editorial Fontamara. 1994.
- _____, *Hay alternativas. Cuatro caminos hacia la paz y la seguridad*. Editorial Tecnos. Madrid. 1984.
- GRAU, Biosca, Elena, *Apuntes para la discusión*. Inédito. Bilbao. 1999.
- GREENHAM, Common, *The greenham factor*. Inglaterra. 1984.
- HELLER, Agnes, *Teoría de los sentimientos*. Editorial Paidós. Buenos Aires. 1985.
- LAGARDE, Marcela, *Claves Feministas para el poderío y la autonomía de las Mujeres*. Editorial Puntos de Encuentro. Nicaragua. 1997.
- LIDINGTON, J, *La campaña de las mujeres por la paz. Historia de una lucha olvidada* en *Varias autoras. Antes muertas*. Barcelona. 1983.
- _____, *The Women's Peace Crusade* en *Dorothy Thorripson*. Virago. 1983.
- MAGALLÓN, Portales, *Seminario de Investigaciones para la Paz*. Pie de Paz. Barcelona 1997.
- MUJERES DE NEGRO DE BELGRADO, *Mujeres por la paz*. Belgrado. 1994.
- PANNOS INSTITUTE, *Armas para luchar, brazos para proteger. Las mujeres hablan de la guerra*. Icaria. Antraz. Barcelona. 1995.
- RUDDICK, Sara, *Maternal thinking: towards a politics of peace*. Ed. the woman press. London. 1989.
- WOOLF, V, *Tres Guineas*. Editorial Lumen. Barcelona. 1977.